
Filosofando

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7884

Título: Filosofando

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 7 de noviembre de 2022

Fecha de modificación: 7 de noviembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Filosofando

Durante el día se trabajó fuerte en la estancia de los Horcones, recorriéndose todos los vericuetos del campo, escudriñando los montes, arreando toda la hacienda a los rodeos, para el recuento general de fin de año.

A la noche, en la cocina, los peones amargueaban y jaraneaban sin sentir cansancio, sin que las doce horas de rudo trabajo continuo hubiese ablandado sus músculos.

Estaban allí cuatro mozos y un viejo. Este en medio de la rueda, narraba aventuras y reía anécdotas con verbosidad andaluza, sin quitar de la boca la bombilla, porque, circulaban dos mates, y él apañaba los dos, como cordero endoblado.

—Una ocasión, —decía,— allá pu'el Entre Ríos cerquita 'e Chajarí...

—¿Usté ej entrerriano? —interrumpió un mozo.

—Si... Cuando Urquiza era gobierno...

—¡Toro lindo, Urquiza!... ¿no?...

—Torazo... Díbamos una tropilla'e muchachos...

—¿Usté era muchacho entonces, don Cesáreo?...

—¡Dejuro!... Alguna vez juí muchacho... ¿O te pensás, poca abierta, que a mi me parieron viejo?...

—No, pero ha de haber tiempo d'eso...

—¡Añares!... Pero miren, che, si me van a estar pialando las

palabras en cuanto pisan la puerta 'e la manguera e' la jeta, es más mejor que deje...

Rieron los peones y el viejo disponíase a continuar, cuando fué interrumpido por la voz colérica de Paula, la piona, que en la puerta de la cocina gritaba:

—¡A ver, pues, si me dá lao!...

Estas palabras iban dirigidas a Pedro, un gauchito taciturno, que estaba allí, recostado al marco, ajeno a la charla de sus compañeros.

—¡Está bien, dona!... —replicó el mozo con voz suave y triste.— ¡Pero pa eso no tiene necesidá de empujarme con la pata, como si juese perro echao junto al fogón!...

—Si ustedé no estuviese siempre atravesao en la puerta como un jueves en medio'e la semana!...

—Es pa tomarle el olor cuando pasa...

—¡Yo no soy osamenta! —retrucó la china que entró y salió como viento.

Don Cesáreo largó una carcajada y dijo a Pedro:

—¡Echale agua a la caldera, che, que de seca, se v'aujeriar!...

—¡Agarrá caballo manso! —agregó otro.

Y Pedro lívido.

—¡Cha digo!... Esta mujer me tiene el alma como brasa, y si d'esta hecha no hago una barbaridá...

—¡No te comprometas, Pedro!... —murmuró con sorna el viejo.

Y los otros corearon:

—¡Hacelo por la familia!...

—¡No dispare, compañero, que hay agujeros y usted no es parador!...

Pedro, muy pálido, se acercó al grupo.

—Frieguen nomás, —dijo;— ansina acontece siempre, tuitos ríen del que se pierde.

—¡Dejuro! Si el jugador es zonzo y se deja robar la plata...

—¡Zonzo!... Cuando un hombre es güeno y en querer se empeña...

—¡Che, che! —exclamó el viejo.— Eso parece vida1ida... Cantala, ¿a ver?.,.

—¡Mire, don Cesáreo : no me caliente la cabeza, vea que ya estoy echando espuma!...

—¡Espuma de cañadón que no hace más que barullo y si se toca ensusea!... Vamos a ver muchacho, ¿no es lástima que un hombre juerte ande arrastrándose como perro castigao al derredor de unas naguas?...

—¡Y si la quiero!...

—¿Y si ella te juye como la víbora a la baba'el venao?...

—Enantes me quería... Dispués vino ese mocito'e la ciudá...

—¿Y ella te ladió el caballo?... ¿Qué le has de hacer?... Las promesas de las mujeres no son escritura pública, ché, y hoy naide aliega propiedá de hacienda que no lleva su marca. Mascá el freno, y dispués, cuando se te haiga pasao el sarpullido, si tuavía te sentís con ganas de caballo'e galpón, despreciando el campo abierto, ande se corre y se relincha a gusto, no te ha'e faltar yegua pa enlazar. ¡La manada es grande!

Y como Pedro guardase silencio, gacha la cabeza y nublados

los ojos por la pena y la rabia, don Cesáreo terminó sentenciosamente:

—Agacharse es alivio... aunque nos maten de un palo...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.